

—Cuanto yo pueda hablar es inútil: la familia, ante todo y sobre todo!

—Ya lo oye V., añadió Mad. Josserand, con aire de triunfo. No hay dinero; eso sería innoble. Puede V. decir á esas gentes que el dote está aquí, que le habríamos dado voluntariamente; pero que desde el momento en que nos lo exigen como condición para recibir á nuestra hija, es una inmoralidad que no podemos aceptar... Que Augusto recoja á su mujer, como es debido, y después ya veremos.

Alzó tanto la voz al hablar, que el doctor que examinaba al enfermo la suplicó que se callase, diciendo:

—Señora, su marido de V. sufre mucho.

Entonces el cura, que estaba en gran aprieto, se acercó á la cama del enfermo y pronunció algunas palabras consoladoras. Después se retiró, sin volver á hablar del asunto, ocultando su derrota bajo la amable sonrisa que siempre brillaba en sus labios.

Al marcharse, confesó el doctor francamente á Mad. Josserand que el enfermo estaba muy grave y que necesitaba grandes precauciones, porque una emoción podía llevarle al sepulcro.

Se sorprendió y fué en seguida al come-

dor, donde sus dos hijas y el tío acababan de entrar, para dejar descansar á M. Josserand que parecía querer dormir.

—Berta, murmuró, con tu conducta has acabado la vida de tu padre; el doctor me lo ha dicho.

Los tres se afligieron al oír aquellas palabras, en tanto que Bachelard, dominado también por la emoción, se hacía un *grog*.

Cuando Augusto supo la respuesta de los Josserand se enfadó contra su mujer, jurando que si se presentaba en su casa la echaría á puntapiés; pero á pesar de preferir estas palabras, la verdad era que, en el fondo, le faltaba algo durante su ausencia. Estaba como desorientado, rodeándole de los mismos disgustos, el abandono en que se hallaba, que los que le producía el estar reunido con su mujer.

Raquel, que conservaba á su servicio para molestar á Berta, sisaba á su placer y armaba reyertas á cada instante.

En una palabra, Augusto concluyó por echar de menos las horas que había pasado en compañía de su esposa, el aburrimiento que habían experimentado juntos y las riñas y reconciliaciones que, hasta entonces, habían constituido su vida conyugal.

Sobre todo, lo que más le fastidiaba en

su nueva situación era la compañía de Teófilo y de Valeria, que se habían instalado en su casa, que hacían y deshacían á su antojo y de quienes él sospechaba que escamoteaban los fondos de su caja.

Valeria no era como Berta: complacía en extremo sentarse al escritorio, saludando á los hombres en presencia de su imbecil marido que, debido á los continuos resfriados, velaba sus ojos con el continuo laqueo de sus pupilas.

Por último, otra inquietud le agitaba en extremo.

El almacén de Mad. Hedouin prosperaba; era una amenaza continua para su casa, que decaía de día en día.

No sentía, ciertamente, que se hubiera separado de él el miserable Octavio; pero en medio del rencor que experimentaba era justo, reconociendo en el joven cualidades extraordinarias para el comercio. ¡Qué bien hubiera marchado el negocio, si hubieran podido entenderse!

Había momentos en los que, enfermo y triste por la soledad en que se hallaba, se veía acometido por el deseo de subir á casa de los Jossierand á pedirles á su hija sin indemnización de ningún género.

Duveyrier, por su parte, no perdía la es-

peranza de conseguir una reconciliación que procuraba, según decía, más que por otra cosa, por el sello de inmoralidad que la famosa historia daba á su magnífico inmueble. En este concepto hasta aparentaba creer con sinceridad las palabras pronunciadas por Mad. Jossierand, transmitidas á su familia por el sacerdote, mostrándose convencido de que si Augusto se reconciliaba con su mujer, sin condición de ningún género, al día siguiente le entregarían el dote.

Hablaba en este sentido á su cuñado; pero esta afirmación le sublevaba, y entonces el magistrado procuraba hacer un llamamiento á su corazón.

Cuando se dirigía al Palacio de Justicia, hacia que le acompañase, y durante aquellos paseos le aconsejaba el perdón de la injuria con voz profundamente conmovida, y procuraba saturar lo que le decía de una filosofía triste y cobarde, de la que resultaba que la única felicidad posible era sufrir á la mujer, puesto que no había medio de pasarse sin ella.

La verdad era que, en aquella ocasión una inmensa desgracia pesaba sobre Duveyrier. Todos los vecinos de la calle de Choiseul estaban sorprendidos de su actitud, de su tristeza y de la palidez de su rostro, en el

que se exacerbaba el humor herpético, ensanchando las manchas que le cubrían.

Clarisa le atormentaba. A medida que aquella mujer adquiría la salud y la gordura de una mujer de la clase media acomodada; á medida que exageraba su rigorista distinción y hacía alarde de una educación afectada, le parecía insoportable.

Por entonces le había prohibido que la tutease en presencia de la gente; y sin cuidarse para nada de él, abrazaba á su profesor de piano, y se entregaba de lleno á una familiaridad que tanto disgustaba á su amante.

Dos veces la había sorprendido con Teodoro, se había enfadado, y después la había pedido perdón por su arrebató.

Por lo demás, con el fin de tenerle sumiso hablaba Clarisa á cada instante con repugnancia de los granos que el pobre hombre tenía en la cara.

La vida así era demasiado cruel para Duvoyrier, que encontraba en casa de su querida todos los disgustos é incomodidades de la familia regular.

Los parientes de Clarisa, la madre, el zángano del hermano, las dos hermanitas, hasta la tía, le robaban con verdadera impudencia; vivían á sus expensas y aún se

permitían saquear sus bolsillos las noches que se quedaba en la casa.

Todo esto hacía que su situación se agravase: acabábasele el dinero y temía verse comprometido en su calidad de magistrado. Ciertó era que no podían destituirle, pero los abogados jóvenes le miraban, riéndose de él, y hasta comentaban sus actos en el momento en que tenía que representar el papel de la justicia.

Cuando aburrido de los escándalos, de las miserias y de los disgustos que causaba á la clase y á su familia se escapaba de la calle de Assas para refugiarse en la de Choiseul, la frialdad rencorosa de su mujer acababa de anonadarle. Entonces perdía la cabeza, y al dirigirse al tribunal miraba al Sena, con el propósito de buscar sepultura en sus aguas, en el momento en que la desesperación le diese el valor que necesitaba para cometer aquella nueva infamia.

Clotilde había notado el enternecimiento de su marido y estaba inquieta, sobresaltada, furiosa contra aquella mujer que no lograba ni siquiera entretener á un hombre; pero á su vez estaba inquieta y aburrida por una deplorable aventura que había puesto en revolución la casa. Clemencia, al subir una mañana á su habitación á buscar un

pañuelo, sorprendió á Hipólito con la grandullona de Luisa, y desde entonces no hacía más que sacudirle bofetones cuantas veces pronunciaba la menor palabra, de lo cual se resentía la severidad de la casa. Lo peor era que la señora no podía ya hacer la vista gorda ante la situación ilegal de su doncella y del ayuda de cámara de su marido. Los demás criados se reían; el escándalo era comentado en las tiendas y en los corrillos de la calle; y para corregirle era necesario que el matrimonio santificase aquel lazo ilegal. Como estaba contenta de Clemencia, su único deseo era aquel matrimonio. La negociación le parecía tan delicada, con unos amantes que se sacudían á cada momento sendos bofetones, que no vaciló en encargar al cura Manduit que la ayudase en su propósito. Los criados la preocupaban y la molestaban desde hacía algún tiempo.

Durante su permanencia en el campo se había apercibido de las relaciones del galopín de Gustavo con Julia. Con este motivo estaba á punto de despedir á la cocinera; pero guisaba tan bien, que después de maduras reflexiones la conservó, prefiriendo que el tuno de su hijo tuviera en casa una distracción que le impidiese ir á buscarla en otra parte. Así es que vigilaba sin decir

nada, y lo único que sentía era que también estas cosas la preocupasen y contribuyesen á su aburrimiento.

Una mañana iba á dirigirse Mad. Duveyrier á casa del cura Manduit, cuando Clemencia la anunció que el sacerdote subía á dar la extremaunción á M. Jossierand. La doncella, después de encontrarle en la escalera se dirigía á la cocina, diciendo:

—Bien dije yo que volvería en este mismo año, y aludiendo á la catástrofe de que era víctima la casa, añadió:

—Nosotros pagamos las culpas de las infidelidades del entresuelo.

Aquella vez llegó á tiempo el Santo Sacramento, lo cual era un signo excelente para el porvenir.

Mad. Duveyrier se dirigió á San Roque, donde esperó á que regresase el cura. Este buen señor la escuchó silencioso, y después, no pudiendo negarse á explicar á la doncella y al ayuda de cámara la inmoralidad de su situación, aceptó el encargo que se le confiaba.

Después habló de la situación de M. Jossierand, que probablemente no pasaría de aquella noche, y dió á entender que aquella sería una circunstancia muy oportuna para obtener la reconciliación de Augusto y

de Berta. Procuraría arreglar aquellos dos asuntos á un tiempo, á ver si el cielo premiaba los esfuerzos que hacía en pró de la moral.

Con efecto, por la noche, á cosa de las siete comenzó la agonía de M. Josserand. Toda la familia estaba reunida, excepto el tío Bachelard, á quien buscaron inmediatamente en todos los cafés, y Saturnino, que continuaba enfermo en el asilo de Ville-Evrard. León, cuyo matrimonio había retrasado la enfermedad de su padre, expresaba un dolor digno; Mad. Josserand y Hortensia mostraban gran valor; sólo Berta sollozaba tan fuerte que, por no agravar al enfermo se refugió en la cocina, donde Adela, aprovechando el desorden de la casa, se regalaba con el vino y los manjares á su sabor.

M. Josserand murió con la mayor sencillez del mundo: su honradez le agobiaba; había pasado una vida inútil y se iba de ella, únicamente lacerado por la conducta de los seres á quienes había consagrado todo su cariño. A cosa de las ocho balbuceó el nombre de Saturnino y espiró.

Nadie le creía muerto, porque todos temían que su agonía fuese lenta: así es que, creyéndole dormido, le dejaron. Cuando no-

taron que se encontraba frío, Mad. Josserand, hecha un mar de lágrimas se puso á llamar á Berta, y á Hortensia, á quien había encargado que fuese á buscar á Augusto, proponiéndose aprovechar aquel momento solemne de dolor, para arrojar á Berta en los brazos de su marido.

—¡Eres una torpe; no piensas en nada! decía á su hija enjugándose las lágrimas de los ojos.

—Pero mamá, respondió Hortensia, no menos compungida, ¿podía una creer que papá acabaría tan pronto? Tú me dijiste que no bajase á buscar á Augusto hasta las nueve.

La familia muy afligida, encontró un motivo de distracción en este altercado. Una vez más le habían salido mal sus propósitos. Por fortuna, aún quedaba la ocasión del entierro para intentar la deseada reconciliación.

El entierro fué decente, por más que de una clase inferior al de M. Vabre. En la casa no hubo tantas exageraciones como cuando murió el casero, ni siquiera turbó el sueño de Mad. Juzeur. María Pichon fué la única que en visperas de su alumbramiento expresó la pena que le había causado no haber podido ayudar á sus vecinas á amortajar al pobre hombre. En la portería, Mad. Gourd

se contentó con levantarse cuando pasó el ataúd, saludándole desde el fondo de la porteria sin acercarse á la puerta. Todos los vecinos fueron hasta el cementerio: Duveyrier, Campardon, los Vabre y M. Gourd. En el camino hablaron de la primavera, y de las lluvias que habían echado á perder la cosecha. Campardon se asombró de la tristeza que expresaba en su rostro Duveyrier; y como el magistrado palideciese en el momento en que bajaban al hoyo el cadáver de Josserand, murmuró el arquitecto:

—Este ha olido la tierra. ¡Quiera Dios que no haya en la casa una nueva desdicha!

En cuanto á Mad. Josserand y á sus hijas, fué necesario sostenerlas hasta dejarlas en el coche. León acudió en su auxilio ayudado del tío Bachelard, en tanto que Augusto iba detrás. Este último subió á un carruaje con Duveyrier y Teófilo; Clotilde iba en otro coche. El cura Manduit no había oficiado, pero había ido al cementerio queriendo dar á la familia un testimonio de simpatía. Madame Josserand se valió de la ocasión para rogar al sacerdote que fuese con ellos á casa, y aprovechase los momentos que eran oportunos para intentar la reconciliación. En la calle de Choiseul, se encontraron á la puerta de la casa los tres coches con los indivi-

duos de la familia. Teófilo entró inmediatamente á ver á Valeria que había permanecido en casa, y la dijo con voz furiosa que ya podía recoger los bártulos.

—Todos se han puesto de acuerdo para reconciliarlos, añadió, y apuesto cualquier cosa á que va á pedir perdón á su mujer.

Todos en efecto experimentaban la aparente necesidad de poner fin á aquella situación. Era preciso que la desgracia sirviese de algo.

Augusto, en medio de sus parientes, comprendió lo que deseaban, y se sintió sin fuerza y como avergonzado.

La familia desfiló por el portal... En la escalera continuó el silencio, un silencio solemne. Augusto pasó el primero resuelto á encerrarse en su cuarto; pero al abrir la puerta, Clotilde y el sacerdote que le seguían le detuvieron. Detrás de ellos apareció Berta, acompañada de su madre y de su hermana. Las tres estaban llorosas.

—Vamos, amigo mío, dijo el sacerdote profundamente conmovido, un buen movimiento de corazón.

Esto bastó; Augusto cedió, comprendiendo que lo mejor que podía hacer en aquella ocasión, era resignarse. Su mujer lloraba, y él lloroso también, balbuceó:—Procuraremos

que no vuelva á suceder lo que tantos pesares nos ha ocasionado.

Todos se reconciliaron. Clotilde felicitó á su hermano manifestando que aquel acto era natural de su buen corazón. La misma Mad. Josserand expresó gran satisfacción, y asoció el recuerdo de su pobre marido á la alegría general.

—Yerno mío, dijo, cumplid con vuestro deber. El que está en el cielo os da las gracias por mi mediación.

—Entrad, añadió Augusto profundamente conmovido.

Atraída por el rumor de las conversaciones y los sollozos, se presentó Raquel en la antesala, y ante las provocativas miradas de la doméstica, vaciló Berta durante algunos segundos. Después penetró severamente en su casa; Augusto la siguió, y la puerta se cerró acto continuo.

Renacía la alegría en la casa. Las señoras estrechaban la mano del sacerdote, dándole la enhorabuena por el éxito de sus trabajos conciliadores.

Cuando Clotilde le llevaba á su casa para arreglar el otro asunto, es decir, el de sus criados, Duveyrier que se había quedado atrás con León y Bachelard, llegó á su vez, y fué preciso exponerle los pormenores de

la reconciliación. Cosa extraña, el magistrado que la deseaba desde hacia algún tiempo, no pareció enterarse de lo que le decían, dominado como estaba por una idea fija que torturaba su espíritu.

Mientras que los Josserand subían á su casa, él entró en la suya detrás de su mujer y del cura.

Apenas habían llegado á la antesala, cuando unos gritos extraños le hicieron estremecerse.

—Tranquílícense los señores, dijo Hipólito, es la vecina de arriba que se halla con dolores de parto. Acabo de ver al doctor Juillerat que subía.

Después, cuando el criado se quedó solo, añadió filosóficamente:

—Esta es la vida; unos se van y otros vienen.—Clotilde dejó al cura Manduit en la sala; diciendo que le enviaría primero á Clemencia; y para que se distrajera entre tanto, le dió la *Revista de ambos mundos*.

Quería tomarse tiempo para preparar á su doncella, pero encontró á su marido sentado en una silla en su cuarto tocador.

Desde por la mañana, Duveyrier se hallaba en una situación afflictiva. Por tercera vez había sorprendido á Clarisa con Teodoro; y á la primera protesta, toda la familia se

había puesto en contra suya, y le arrojaron á la calle no sin darle antes unos cuantos bofetones y puntapiés. Mientras esto sucedía, Clarisa le ponía de ropa de pascua, amenazándole con que llamaría al comisario de policía si volvía á poner los piés en su casa. Era cosa perdida; la portera apiadándose de él, le contó que desde hacía ocho días un viejo muy rico hacía la corte á la señora.

Viéndose despreciado, sin un rincón donde pasar la vida, en el colmo de la desesperación, el pobre Duveyrier entró en una tienda y compró un revólver de bolsillo.

La vida era demasiado triste para él, y teniendo aquel arma á la mano, podría arrebatársela cuando se presentara una ocasión propicia.

Con esta preocupación se dirigió á su casa para asistir al entierro de M. Josserand; cuando iba se apoderó de él la idea de matarse en el cementerio, pero al ver arrojar el ataúd á la sepultura, vaciló y resolvió elegir otro sitio más á propósito para poner término á sus pesares. Al regresar de la ceremonia fúnebre, con mayor fervor aún por aquella idea exterminadora, entró en el tocador de su esposa, y como hemos dicho antes, Clotilde le encontró sentado en una silla al dirigirse en busca de su doncella.

—¿Queréis dejarme sola? le dijo.

—¿Por qué razón? preguntó Duveyrier haciendo un esfuerzo.

—Porque necesito estar sola.

Creyó que deseaba cambiar el traje y que no quería hacer aquella operación delante de él por efecto de la repugnancia que la inspiraba. Fijó en ella los extraviados ojos, y encontrándola hermosa, pensó que todo podía habersé arreglado si ella hubiera querido. Se levantó tambaleándose, extendió los brazos y procuró estrecharla.

—¡Qué es eso! murmuró estupefacta. ¿Qué os ha dado? Pues qué, ¿ya no tenéis á la otra? ¿He de sufrir yo todas estas abominaciones?

Sin decir una palabra más, el pobre Duveyrier salió del tocador; permaneció algunos instantes en la antesala, y dirigiéndose en seguida al retrete se sentó allí.

Aquel era un paraje tranquilo; nadie iría á incomodarle.

Una vez allí, se introdujo el cañón del revólver en la boca y disparó.

Clotilde que desde por la mañana estaba inquieta al ver la actitud de su marido, cuando le vió salir de su cuarto procuró saber adonde iba. El ruido que hizo la puerta que abrió, la tranquilizó por completo, y llamó



á Clemencia al mismo tiempo que sonó el disparo.

¿Qué era aquello?

Salió hasta la antesala, se acercó á la puerta donde había sonado el tiro, y al percibir un ruido extraño llamó, decidiéndose á abrir al ver que no recibía respuesta alguna.

El cerrojo no estaba echado: Duveyrier más aturdido aún por el miedo que por el mal, permanecía sentado en una actitud lúgubre, con los ojos muy abiertos y el rostro lleno de sangre. La bala después de haberle estropeado un poco una mandíbula, había salido agujereándole la mejilla derecha.

—¿Qué es eso? ¿Que habéis hecho? exclamó Clotilde fuera de sí. Si queriais mataros, ¿por qué no os habéis ido fuera de casa?

Estaba indignada; aquel espectáculo, en vez de enternecerla aumentaba su desesperación. A pesar de todo procuró sacarle de aquel sitio; porque estar allí, haber querido matarse y no haber acertado á hacerlo, era el colmo de la inconveniencia.

Entonces mientras que ella le sostenía para conducirlo á su habitación, Duveyrier balbuceó: «Nunca me has amado.»

Cuando Clotilde logró acostarle, experi-

mentó una emoción nerviosa. Lo peor del caso era que Clemencia é Hipólito habían acudido al sonido de la campanilla. Fué necesario hablarles del accidente; su marido se había caído y se había dado un golpe en la barba; después tuvo que renunciar á esta fábula, porque el criado al ir á limpiar el sitio de la catástrofe encontró el revólver detrás de una escoba. Como el herido perdía sangre, la doncella recordó que el doctor Juillerat se hallaba en el piso cuarto auxiliando á Mad. Pichon. Corrió en su busca, y le halló en la escalera.

La vecina de Octavio había salido del paso con toda felicidad.

El doctor después de examinar á Duveyrier, tranquilizó á Clotilde: la vida del magistrado no corría peligro. Le hizo la primera cura, y en esta operación estaba ocupado cuando el sacerdote Manduit atraído por el ruido se permitió entrar.

—¿Qué ha pasado? preguntó.

Esta pregunta acabó de exasperar á madame Duveyrier, que prorrumpió en sollozos. No podía dar explicaciones, pero el sacerdote no las necesitaba, porque se hallaba al corriente de todas las miserias que se ocultaban en los hogares de sus feligreses. Al volver á la sala, dominado por una mala

idea, sentía hasta el exceso los pasos que había dado para reconciliar á aquella desgraciada joven, que había vuelto á los brazos de su marido sin haber experimentado el menor remordimiento.

Una idea terrible, le asaltaba. Quizá Dios no aprobaba su conducta. Su angustia se aumentó en presencia del acto que acababa de consumir el magistrado.

Volvió á la habitación del enfermo, y empezó á condenar enérgicamente el vicio; pero el doctor muy ocupado, le apartó diciendo:

—Cuando yo termine, señor cura, dentro de un rato, puede V. curar su alma; pero antes déjeme V. curar su cuerpo. Además, ya ve V. que está desmayado.

En efecto, Duveyrier había perdido el conocimiento, y Clotilde para librarse de los criados que ya no servían, murmuró: Id á la sala, que el señor cura tiene algo que deciros.

El señor cura no tuvo más remedio que llevárselos. Clemencia é Hipólito le siguieron sorprendidos. Cuando estuvieron solos con el buen sacerdote, inauguró éste sus tareas dirigiéndoles exhortaciones un tanto embrolladas, puesto que les decía:

—El cielo recompensa la buena conduc-

ta, mientras que el pecado conduce al infierno. Todas las épocas son buenas para poner término al escándalo. La sorpresa de los criados, al oírle, crecía de punto. No sabían á qué quería aludir el sacerdote.

¿Se refería á los hurtos domésticos que guardaban en sus baules, ó á las botellas de vino que todas las noches subían á su cuarto para alegrarse?

—Hijos míos, concluyó por decir el sacerdote, estáis dando un mal ejemplo. El mayor crimen es pervertir á los demás y entregar á la murmuración y á la deshonra la casa en que se habita. Vivís en una situación imperfecta, que no es un secreto para nadie.

Al comprender los criados que se trataba de su situación ilegal, respiraron.

Si no era más que aquello, ¡para qué asustarlos de aquella manera!

—¡Bah! dijo Clemencia dirigiendo á Hipólito una mirada cariñosa, todo ha concluido, señor cura, ya nos hemos reconciliado; éste me lo ha explicado todo.

El sacerdote á su vez mostró un asombro lleno de tristeza: No me comprendéis hijos míos, añadió. Lo que yo os digo, es que no podéis continuar viviendo juntos. Oyendo á